



III.

ESTA vez es Jaime el que va en busca de Miguel : ha sabido que su amigo vive todavía , y corre presuroso á darle la enhorabuena.

Pero, ¡ qué transformación ! Habita el suicida en una casa magnífica , y es inquilino de un cuarto suntuoso. Jaime se lo encuentra sumergido en una butaca espléndida , envuelto en una rica bata de grandes ramos y brillantes colores , saboreando el humo perfumado de un succulento habano.

Su lujo es verdaderamente escandaloso ; todo lo que le rodea relumbra ; la cadena de su reloj sólo se diferencia de la de un presidiario en que es de oro ; los brillantes de su camisa son como garbanzos ; usa para fumar una boquilla enorme de ámbar puro ; su tarjetero es de marfil.

En los detalles artísticos de los objetos que adornan su gabinete y su cuarto de baño no nos es

permitido entrar, porque es excesiva la libertad de las actitudes y demasiada la desnudez de las figuras.

Jaime no se mostró sorprendido por aquel mal gusto; pero se admiró de tanto lujo, y, arqueando las cejas para dar más énfasis á sus palabras, exclamó:

— ¡Veo, querido Miguel, que sabes resucitar!

Miguel soltó una bocanada de humo, y dijo:

— Aquí tienes un milagro hecho por el santo 7,894, que es el número que jugué á la lotería.

— ¿Y con sesenta mil duros (preguntó Jaime) te permites tanto boato?

— Con sesenta mil duros (le contestó su amigo) no hay más que para mal comer, y mis gastos más precisos suponen una renta anual de diez mil duros.

— ¿De manera que no piensas vivir más que seis años?

— Pienso vivir mucho, para lo cual he tomado mis precauciones. Después que jugué á la lotería he jugado á la Bolsa, y mi capital, hoy día de la fecha, asciende á seis millones de reales, que sólo emplearé en especulaciones seguras.

— ¡Y todo esto (exclamó Jaime) en tres meses escasos!

— ¡Tres meses! ¿Te parece poco tiempo para pasar de simple abogado á opulento capitalista? Pues mucho menos necesitó tu tío para morir, puesto que murió de repente, convirtiéndote en veinte minutos de pobre sobrino en rico propietario.

Jaime lanzó un suspiro profundo, de esos que salen del fondo del alma, y Miguel se apresuró á decirle:

— Perdona si he renovado tu dolor con este recuerdo: creí que ya estaría cicatrizada la herida. Mas me parece algo amarga tu sonrisa. ¡Demonio! ¿Qué quiere decir esa cara contraída y ese aire de desaliento? ¡Tu *toilette* está descuidada! ¡Vas de luto, y traes guantes de color de café!.... ¿Qué es esto? ¿Qué te sucede?

Jaime arregló maquinalmente el lazo de su corbata, se atusó la barba, y dijo:

— ¡Ay, Miguel!.... ¡Me ha salido un primo!

— ¡Un primo!.... Ya comprendo. ¿Un hijo de tu buen tío? ¿Un coheredero, un pariente inesperado, que viene á partir contigo el dolor, el luto y la herencia? Pero aun así, no me explico ese aplamamiento; porque, en verdad, ya no debes llorar la muerte repentina de tu tío más que con un ojo.

— Es un primo en regla, que viene armado con todos los requisitos de heredero forzoso, y pide íntegra la fortuna de su padre.

— Entonces, me parece que él es el hijo, y tú el verdadero primo.

— Figúrate que mi tío estaba casado.

— ¡Hola!

— Lo que oyes. En una de las emigraciones, cuando todavía no era rico, se enamoró en París de una bailarina, la persiguió, la asedió.... Todo fué inútil, y acabó por casarse con ella. A los tres me-

ses de vivir juntos la pescó en una infidelidad, y por mutuo amistoso convenio se separaron para siempre. Mi tío jamás habló de esto, y debieron ignorarlo hasta sus amigos de emigración: nada se sabía. Pero he aquí que muere; los periódicos hablan de su muerte, extienden por el mundo la noticia de su gran fortuna, y el hijo de la bailarina se presenta á reclamar la herencia de su padre....; quiero decir, de mi tío.

—¡No es buen negocio! (exclamó Miguel, moviendo la cabeza.) Pero quizá le encontremos salida: el que hizo la ley hizo la trampa; el dinero todo lo vence, y, al fin y al cabo, los dos somos doctores en jurisprudencia por la Universidad de Madrid.

—Es negocio perdido (replicó Jaime). He visto los documentos, y están en regla: legalmente hablando, ese primo repentino, ó es hijo de mi tío, ó jamás ha tenido padre.

—¿De manera que te ves reducido á la necesidad de ser un perdulario, renunciando generosamente á la herencia de tu tío?

—No quiero empeñarme en un pleito inútil. Además, la vida me es insoportable.

—No digas desatinos. La vida está llena de placeres, y un hombre tan arreglado como tú, puede vivir muy bien con poco. Jaime, abre tu bufete, y trabaja. ¿No? Vamos, te hago una proposición: ¿quieres ser mi abogado? ¿Tampoco? Entonces es que has puesto los ojos en alguna rica heredera,

ó te has propuesto probar fortuna en la política.

—Nada de eso.

—Pues no te queda más recurso que jugar á la lotería.

—No es la pérdida de mi herencia lo que más me aflige; otra desgracia mayor es la que me desespera.

—¡Diablo! ¿Hay en el mundo alguna cosa peor que la miseria?

—Sí, Miguel: peor que la miseria es la ingratitud.

—Jaime, hablemos con franqueza....; no te entiendo.

—Cuando era rico pensé en casarme.

—Es verdad; no recordaba esa circunstancia, y ya caigo: ahora te encuentras casado y pobre.... La cosa es terrible.

—No me interrumpas.... Pensé en casarme, pero no me casé.

Miguel se llenó la boca de humo para no interrumpir á su amigo, que continuó de esta manera:

—Estaba enamorado, ciego.... Es una mujer irresistible. Había oído de su boca los más graciosos juramentos; creí que poseía su corazón, y....

El capitalista no pudo contenerse, y soltando el humo que tenía en la boca, dijo:

—Y bien....: se ha presentado otro primo.

—Se ha presentado ella como es: pérfida, infame, perjura, ingrata. Alguna vez me atormentaba

pensando si lo pingüe de mi fortuna daría algún pábulo al fuego de su afecto ; mas no podía creerlo : así es que casi me alegré de perder la herencia , recreándome ante la idea de que mi pobreza aumentaría su cariño. Me consideraba yo á sus ojos más interesante pobre que rico , y fui á confiarle mi desventura , lleno de amor y de esperanza. Oyó mi sencillo relato con natural indiferencia ; me miró , no obstante , con ojos compasivos , y sin perder su habitual sonrisa , me dijo : « Lo siento con toda mi alma , porque comprendo que su delicadeza no le permitirá insistir en un amor que la desgracia hace imposible ». Aquellas frías palabras penetraron en mi corazón como la hoja de un puñal , y antes de que acertara á replicarle , añadió : « No ignoraba lo que acaba V. de contarme , y he callado : no he podido hacer más ». Entonces le dije : « Comprende V. perfectamente mi situación : yo pedía permiso para retirarme , y V. me abre la puerta.... Se lo agradezco ». Debieron escocerle estas palabras , pues incendiando mi alma con una mirada de fuego , me contestó : « V. merece eso y mucho más ». Salí de allí furioso , afligido , desesperado.... Pensé matarla.... , y pensé matarme. Ahí tienes la ingratitud , que es mil veces peor que la miseria.

—La desgracia (dijo Miguel) te hace ser injusto. ¿Qué culpa tiene esa bella mujer de que tu buen tío se encalabrinará en París con una bailarina ? Confíesame que si su hermosura se hubiera transformado de repente en fealdad , habrías dejado de amarla.

Pues bien : nada hay tan feo en un hombre como no tener un cuarto.

—Tus consuelos son más crueles que mi mismo dolor.... ¡Ay , Miguel ! No abres la boca más que para descubrir el abismo de tu alma. Me pareces más desgraciado que yo.

—Me asombro , querido Jaime , de que , teniendo tanto talento , seas tan imbécil. Mas quiero ser un buen amigo : si mis palabras no te consuelan , apelaremos á otro medio : mi caja está á tu disposición ; tienes letra abierta : te cierro el fondo de mi alma , y te abro mi bolsillo.... Lloraré contigo , derramando sobre ti billetes de Banco. ¿Acomoda ?

—No me harás la injusticia de creer que he venido á verte en busca de un dinero que no necesito , ni en busca de un consuelo que tú no puedes darme.

—Entonces , ¿á qué has venido ?

—He venido á despedirme de ti.

—¿Vas á matarte ?

—Eso había decidido ; quería arrojar al rostro de esa mujer la sombra de mi cadáver ; que mi muerte la persiguiera toda su vida ; que mi nombre fuera el remordimiento eterno de su alma ; quería morir por vengarme.

Á Miguel se le escapó una carcajada , que Jaime oyó con desdén , continuando de este modo :

—Una mañana me acometió la idea de que tenía miedo de matarme , y me indigné contra mí mismo. ¿Sería tan cobarde que dejaría impune la traición de aquella mujer ? Este pensamiento excitó mi có-

lera ; me provoqué con toda clase de insultos ; me dirigí los mayores ultrajes , y me hubiera abofeteado ; pero la vida se me presentó como un oprobio , y resolví acabar de una vez . El papel de luto que tenía sobre el escritorio parecía esperar mis fúnebres confidencias . Me senté , y escribí la carta indispensable , confesando que yo solo era el autor de mi muerte . Sentía vanidad al declarar á la faz del mundo mi suicidio , y saboreaba de antemano mi venganza , anticipándome la gloria que por algún tiempo daría á mi nombre la celebridad del horror : estaba orgulloso de mi crimen .

— ¡ Mi crimen ! . . . — repitió Miguel , encogiéndose de hombros .

También se encogió de hombros Jaime , y prosiguió diciendo :

— Una vez escrita la carta , era difícil retroceder ; me encontraba satisfecho de su contenido , y era segura la viva emoción que había de causar , porque estaban perfectamente combinados los golpes de efecto , y no se renuncia con facilidad á un éxito , por fugitivo que sea ; de modo que todo me incitaba á morir , y me dispuse á tomar dignamente el camino de la eternidad . Ante todo , me di un baño , me perfumé después , y me amortajé yo mismo con mi mejor vestido .

— ¡ Soberbio ! (gritó Miguel , entusiasmado .) Eso es de primer orden ; eso es saber morir . Todavía hay en el mundo romanos del Imperio : nada tienes que envidiar á los mejores tiempos de Babilonia . . .

Vales más que Sardanápalo . Prosigue , prosigue , que tu narración me interesa , aunque tu presencia me anuncia un desenlace funesto .

— Verás : en el momento crítico , cuando , reclinado en mi hermoso diván de terciopelo verde , iba á absorber el tósigo mortal que instantáneamente , y sin desfigurarme , había de poner fin á mi existencia , sentí sobre mi cabeza ruido repentino de pasos precipitados , y un estrépito semejante al de muebles que ruedan por el pavimento , y al través del techo percibí gritos ahogados y sollozos comprimidos . Maquinalmente me levanté , y acudí á la escalera . Entonces oí una voz angustiada que pedía socorro . Subí ; la puerta del cuarto que cae encima del mío estaba abierta , y entré . El cuadro que se ofreció á mi vista es el siguiente : en primer término , tres sillas caídas , que casi me cerraban el paso , y entre ellas un costurero volcado y abierto , del que se escapaban hilos , sedas , cintas , todo lo que puede contener un costurero . En el fondo aparecía un grupo de tres personas , colocadas de esta manera : tendida en el suelo , y al pie de un modesto sofá , había una mujer , cuyo cuerpo estirado é inmóvil me hizo creer que estaba muerta ; de rodillas delante de ella , un muchacho de catorce años , rubio como un serafín , tenía asida una de sus manos , y besándola , gritaba entre amargos sollozos : « ¡ Madre ! ¡ Madre ! » La cabeza de ésta descansaba sobre el brazo derecho de una joven que , inclinada sobre el rostro de la moribunda , imprimía en su boca en-

treabierta continuos besos, como si quisiera infundirle el aliento de su propia vida. Salté por encima de las sillas, y me acerqué al grupo: el niño y la joven me miraron llenos de angustia. «No hay que apurarse (les dije): esto no será nada»; y ambos prorrumpieron en desconsolados sollozos.

Llamé á mi criado, hice subir al portero, y los envié á la botica y en busca del médico. Entretanto, con la ayuda de la joven y del muchacho, á quienes el dolor daba fuerzas, coloqué cuidadosamente á la enferma en su cama. Tenía, en verdad, todo el aspecto de un cadáver...; yo no pude encontrarle el pulso, pero sentí latir su corazón bajo mi mano. «¡Vive! ¡Vive!» exclamé lleno de alegría. Toqué sus pies, y los hallé mortalmente fríos. No me detuve; cogí un cepillo, y comencé á darle vigorosas friegas, ayudándome aquellas dos criaturas afligidas. En esto la criada, que había salido pidiendo socorro, volvía, trayendo un vaso que contenía un líquido incoloro; por el olor comprendí que era una bebida antiespasmódica, y sin vacilar deposité en la boca de la enferma una cucharada. Poco antes de que llegara el médico abrió los ojos, pero no podía hablar ni moverse; la joven y el niño me miraron con una expresión de gratitud que no tiene nombre en ninguna lengua. Al fin llegó la ciencia bajo la forma de un doctor muy amable, y nos tranquilizó, asegurándonos que la crisis estaba vencida, pero que era preciso evitar un nuevo acceso. Allí pasé todo el día y toda la noche.

Miguel interrumpió á su amigo con estas palabras:

—Veo un suicidio sublime, digno de la antigüedad, interrumpido por un idilio de buhardilla.

—En efecto: en aquel día y en aquella noche no pensé ni una vez siquiera en quitarme la vida; á la mañana siguiente, cuando bajé á mi cuarto, dejando á la enferma muy mejorada, tenía mucho sueño, me acosté, y dormí como un tonto. Cuando me acomete de nuevo la idea de matarme, me refugio en el cuarto de mis vecinas, y allí me defiendo.

—Si no recuerdo mal, has dicho que la vida te es insoportable.

—Cierto; pero he empezado á comprender que debo soportarla.

—Bueno: renuncias generosamente á la herencia de tu tío; con la misma generosidad renuncias á la mano de tu bella prometida, y, no queriendo ser contigo menos generoso, te perdonas la vida. No se puede pedir más abnegación.

—No lo creas; pienso en otro suicidio.

—¡En otro!...

—Sí; en otro más original, más bello, más económico: pienso en una muerte que no me cueste la vida.

—¡Demonio!... Estás incomprendible. ¿Quieres hacerme el favor de explicarme eso?

—Es muy sencillo; quiero sobrevivirme.

—¿Y cómo vas á realizar tan insigne proyecto?

—¿Cómo? Enterrándome vivo.

Miguel miró á Jaime con los ojos llenos de asombro y la boca llena de humo; y después de un momento de atónita contemplación, dijo:

—Es imposible entenderte.

—Pues debías comprenderme (replicó Jaime); pero veo que te hace traición tu perspicacia, y que necesito explicarme con más claridad para que me entiendas. Óyeme: el lujo, la opulencia, los placeres de los sentidos, los deleites de la carne, son la vida: renunciar al lujo, á la opulencia, á los placeres, á los deleites, es renunciar al mundo, es suicidarse.

—Es verdad.

—Pues bien: yo renuncio á todos los goces de la materia, á todos los deleites de la carne, al mundo en que hemos vivido, á la vida de que tú gozas....; esto es, me quito de en medio. Aquí tienes el suicidio. Pero quiero vivir; y como no soy más que un cadáver, al que le falta el aire de la fortuna y la vida del dinero, voy á sepultarme vivo en la obscuridad del trabajo, en la obscuridad del estudio....; Asómbrate, Miguel; en la obscuridad de la virtud! Dejo el mundo en que hemos vivido, por otro mundo en que se goza menos y se vive más: la distancia que va á separarnos es inmensa, y he venido á despedirme de ti para siempre.

—Por el tono con que me hablas, me das á entender que tu resolución es irrevocable, á lo menos por ahora; y aunque me afliges mucho, no intento persuadirte: sólo te pido el plazo de un mes.

—¿Para qué?—preguntó Jaime.

—Vas á saberlo. Hará cosa de quince días que me encontré unos ojos negros, cuyas miradas encendieron toda la sangre de mi cuerpo. Debajo de los ojos había una boca que convidaba á las más ardientes delicias; debajo de la boca había un talle voluptuoso, y sobre todo esto había un cabello magnífico y unas cejas espléndidas. En fin: imagínate una mujer abrasadora. Detrás de ella hay una buena fortuna y una grande influencia. La he visto, y la adoro con todo el fuego de mis sentidos. No ha sido insensible ni á los encantos de mi persona, ni á los atractivos de mi capital: el amor y el cálculo han tejido esta red; ambos hemos caído en ella, y vamos á casarnos. ¿Quieres ser testigo de mi boda?

—No (replicó resueltamente Jaime). Esa boda pertenece á un mundo del cual me he despedido formalmente.

Miguel dijo:

—He querido responder á tu invitación con la mía, y tú pagas mi negativa con la tuya; quiere decir que, á lo menos, vamos á separarnos en paz.

—Así es (dijo Jaime levantándose). La fortuna es loca, la opulencia hastía, y los placeres se acaban; si alguna vez necesitas el corazón de un amigo, encontrarás el mío.

—Precisamente pensaba yo todo lo contrario: el trabajo cansa, la obscuridad desespera, y la virtud molesta. Si alguna vez piensas resucitar, no

lo dudes, siempre encontrarás abierto mi bolsillo.

—¡Adiós! — exclamó Jaime, levantándose y tendiéndole la mano.

—No, no.... (dijo Miguel); abracémonos.

—Sí (añadió Jaime); abracémonos, porque siento mucha pena al abandonarte.

—Lo creo; pero no es menor mi sentimiento. Siempre tuve de tu juicio una alta idea; mas veo que estás loco.

—No he desconocido nunca tu talento (replicó Jaime); pero ¿qué quieres? Me despido de ti hoy íntimamente convencido de que eres tonto.

Los dos amigos se abrazaron estrechamente. Al fin se desprendieron de aquel abrazo interminable, y se separaron.

Cuando Miguel se vió solo, arrojó colérico el cigarro contra la chimenea, diciendo, mientras se limpiaba los ojos:

—¡Maldito tabaco! ¿Pues no me ha hecho llorar el humo?

Jaime bajó la escalera lentamente, y, restregándose los párpados, decía:

—¡Bah!.... Estos pañuelos de algodón hacen saltar las lágrimas.



IV.

EN TRE los dos Carabancheles, aislada, próxima al camino, existe, ó ha existido, ó ha debido existir, que para el caso es lo mismo, una casita de un solo piso y de modesta apariencia, á la que no nos es permitido llamar quinta, aunque tiene algo de parque y un poco de jardín.

La pequeña casa, el reducido jardín y el diminuto parque se hallan cerrados dentro de las cuatro paredes de una humilde tapia, que se eleva formando un cuadro perfecto, y en la que una verja de madera, todavía sin pintar, abre paso á una calle de nacientes árboles, que conduce á la puerta de la casa. Para entrar hay que subir dos escalones de piedra, que son dos, más que por necesidad, por lujo.

La pieza principal de la casa es una sala cuadrilonga, vestida con papel de color de lila, sobre

el que se destacan menudas flores, que por el color y por la forma parece que quieren ser violetas. Hay dos rejas que dan al jardín, por las que trepan, suben y bajan, entran y salen, anudándose y desatándose en caprichoso tejido, las ramas flexibles de una copiosa enredadera, que cuelga y cubre los hierros con sus mudas campanillas. En medio de la habitación hay una mesa de nogal; enfrente de las rejas se ve el sofá correspondiente á una docena de sillas de Vitoria, que, en riguroso orden y perfectamente equidistantes, rodean la estancia pegadas á las paredes. Sobre el sofá se ostenta un hermoso grabado que representa á la Virgen al pie de la Cruz, admirable composición de Paul de la Roche; debajo del cuadro pende un pequeño Crucifijo, del que cuelga un rosario. Tres muebles de lujo brillan satisfechos en medio de tan modesto menaje, siendo la aristocracia de aquel humilde *mobiliario*. Estos muebles son: una cuna de acero, una butaca de guttapercha y un costurero de palo-santó. Sobre la mesa levanta su volumen un *in folium* encuadrado en pasta, en cuyos cantos se notan las huellas del uso, y entre cuyas hojas asoma el extremo de una cinta encarnada, como se ve en los misales, y que debe de ser la señal del sitio en que la última vez quedó pendiente la lectura; es el tomo del *Año cristiano* correspondiente al mes de Agosto. Junto á este libro hay otro mucho más pequeño, que también tiene su señal, y en cuyo canto se lee esta palabra: *Kempis*. Ambos volúmenes forman

toda la biblioteca de la casa. El primero cuenta la vida ejemplar de los Santos, y en el segundo se aprende la profunda filosofía de la virtud, esto es, la historia más bella y la ciencia más útil.

¿Quién vivía en esta casa? Probablemente alguna familia que, estrechada por el ardiente calor con que Agosto abrasa á Madrid, y no pudiendo ir á respirar los aires del Pirineo, había emigrado á Carabanchel. ¿Qué familia sería ésta? Por de pronto, los tres muebles de lujo nos advierten la probabilidad de tres personas. La cuna nos dice: aquí hay un niño; el costurero: aquí hay una joven; la butaca: aquí hay una anciana. Ó, lo que es lo mismo, la inocencia que duerme, la juventud que trabaja, la ancianidad que se reclina. Tres soles: el sol que sale, el sol que abrasa y el sol que se pone.

Si preguntamos á los pájaros que anidan en los escasos árboles del parque y en los floridos arbustos del jardín, nos dirán que hay en la casa un muchacho de trece á catorce años que los persigue, empeñado en cogerlos. Si registramos un armario disimuladamente abierto en la pared, y cuidadosamente cerrado, veremos una escopeta de dos cañones y un arreo completo de caza, lo cual nos dará á entender que, además del muchacho que persigue á los pájaros, hay un hombre que los mata.

Con semejantes datos, podemos contar los individuos de la familia, en esta forma: un niño, un muchacho, una joven, una anciana y un hombre;

es decir, un pueblo ; más aún : un mundo. La inocencia, la fuerza y la experiencia : tres poderes. La infancia, la juventud y la vejez : tres generaciones.

Pues bien : ¿qué familia es esta? Veamos : el aseo, el orden y la paz que allí se respiran nos descubren á una familia que vive contenta, que vive alegre, que vive feliz. La estrechez de la casa y la humildad de los muebles, nos aseguran que no es una familia rica. El Crucifijo y el rosario, el *Año cristiano* y el *Kempis*, nos lo dicen todo, pues nos dicen que es una familia cristiana.

Había pasado el calor de la siesta ; la casa arrojaba su modesta sombra sobre los cuadros del jardín ; y éste, agradecido, enviaba á la casa sus perfumes, aprovechando el aire que se colaba fugitivo al través de las enredaderas que entoldaban las rejas ; los árboles del parque sacudían sus copas iluminadas por los rayos del sol, y los pájaros, saltando de las ramas á las tapias, y de las tapias al tejado de la casa, del tejado al parque, y del parque al huerto, trinaban más de enojo que de regocijo, porque era precisamente la hora en que el muchacho los perseguía con mayor empeño.

Sentada sobre la butaca de guttapercha, una señora de cuarenta y cinco años, á quien los pesares, que pueden más que los años, habían dejado algunas arrugas en su dulce rostro y bastantes canas en sus hermosos cabellos, movía suavemente la cuna de acero, en la que dormía un niño fresco

como una rosa y sano como una manzana. Junto al costurero, la joven hacía labor, dejando ver su perfil correcto entre la dorada nube de sus abundantes rizos, que hacían más transparente el sonrosado nácar de sus mejillas. El hombre, de pie é inclinado sobre la mesa de nogal, limpiaba y disponía sus arreos de caza para una próxima partida.

—Hija mía (dijo la señora, dirigiéndose á la joven) : deja ya tu tarea : tienes el vicio de coser.

—Señora (replicó) : ¿no quiere V. que su nieto estrene mañana esta blusa de batista, que V. misma le ha regalado ? ¡Ah! Cuando yo sea abuela, no seré tan descastada.

La señora se sonrió, y, mirando al hombre que preparaba sus pertrechos de guerra, le dijo, moviendo la cabeza :

—Jaime, yo no puedo con ella.

—La culpa es mía (exclamó éste). Quiso que me dejara en Madrid todos mis libros y todos mis papeles, porque decía que era ofender á Dios trabajar en este mes de vacaciones, mientras ella, sin decirle á nadie una palabra, se ha traído su costurero.

— ¡Mire V. qué picardía! (contestó la joven.) No he querido que se traiga ni sus libros ni sus papeles, que lo marean durante todo el invierno, y no le dejan ni descansar ni vivir ; y yo me he traído mi costurero, que al fin me entretiene, me distrae, me divierte. Vamos... ; les digo á Vds. que no hay justicia en el mundo.

El cazador y la señora se miraron mutuamente, sonriendo ambos, si puedo decirlo así, con la misma sonrisa, porque, sin duda, los dos participaban de la misma felicidad, mientras que la joven prosiguió su razonamiento con esa viveza con que las mujeres suelen hablar cuando cosen.

—Vea V. (decía): justicia, y no por mi casa. Pues bien: si este caballero no se satisface con ayudarle á Luis á resolver sus problemas de geometría, coñ repasarle el francés y enseñarle los deberes del hombre; si no se contenta con abrasarse por esos campos para traernos alguna perdiz, que es una crueldad matar y una delicia comer; si no está satisfecho con ser el señor de la casa, el alma de la casa, la alegría de la casa, declaro que es un ambicioso insaciable.

—Ya verá V. (dijo Jaime, dirigiéndose á la señora); ya verá V. cómo tenemos que acabar por pedirle perdón.

—Siempre sucedelo mismo (añadió ésta). Yo soy su madre, tú eres su marido, y ella es la que manda.

—¡Mamá! (exclamó la joven): no te pongas de su parte, que yo soy la más débil, y él es un padre desnaturalizado, que, por lo visto, no quiere que su hijo tenga mañana su blusa de batista. ¡Ya se ve! Como el niño es su vivo retrato, ha creído que no es mi hijo.

Y levantándose, continuó:

—Pues la tendrá..., la tendrá; porque han de saber Vds. que la blusa está concluída.

Y presentándosela á su marido, le preguntó con aire triunfante:

—¿Qué te parece?

—Me parece (contestó Jaime) la túnica de un ángel, cosida por las manos de otro ángel.

La madre se interpuso, diciendo:

—Ya es hora de dar el paseo de costumbre: id, que yo me quedo cuidando de este rollo de mantequilla, que no tiene trazas de despertarse.

—Es preciso obedecer á mamá, —dijo la joven.

Y cogiendo el brazo de su marido, se lo llevó, mientras él se dejaba llevar, murmurando:

—Ni más juiciosa, ni más loca.

La madre los siguió con una mirada llena de ternura, y luego que hubieron desaparecido, alzó los ojos al cielo, y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Qué dichosa soy!

Ya había obscurecido, cuando el cazador y la costurera entraron de nuevo en la sala, en la que faltaban la abuela y el niño; pero, en cambio, sobre la mesa de nogal ardía un quinqué, medio oculto bajo la sombra de su pantalla verde.

—¡Hola! (dijo Jaime.) Han desaparecido.... Es mucha paz la que ese niño hace con su abuela; la quiere más que á ti, más que á mí y más que á todos; en estando con ella, no se acuerda de nadie.

—¡Ya lo creo! Como que es su madre antes que yo.... ¿Te ríes?

—Sí, me río de ese tierno disparate.... Y el caso

es que tienes razón. Tener nietos es tener hijos dos veces, y la abuela es antes que la madre.

—Es antes y es más (añadió la joven). Pero ¡calla! (dijo, y era ella la que hablaba.) Me parece que oigo cantar á mi madre en el parque.... ¡Vamos! ¡está loca con el nieto!

Un rumor lejano les llamó la atención.

—¿Oyes? (preguntó la joven.) Parece un trueno.

—¡Un trueno!.... No puede ser.

El rumor crecía acercándose, al mismo tiempo que un grito lastimero y prolongado salió de un extremo del jardín.

La joven se acercó á su marido, diciendo:

—¡Mira, mira! El perro aulla.... Jaime, yo tengo miedo.

—¡Miedo! ¿Y de qué?

—¡Qué sé yo!.... El miedo no es una cosa razonable...., y cuando se tiene...., se tiene.

El rumor, que había ido en aumento, cesó de pronto, y Jaime dijo:

—Vamos, Isabel, tranquilízate; es un coche.... que se ha detenido.

—Sí (replicó ella); pero el perro ladra como un desesperado.

—Los perros son muy miedosos; le ladran hasta á su propia sombra.

—Yo oigo (insistió Isabel) no sé qué....; pero oigo....: me parece que ha crujido la verja de la tapia.

Y asiendo el brazo de su marido con entrambas manos, lo llevó hacia una de las rejas.

El jardín se hallaba envuelto en la primera obscuridad de la noche, que la luz del quinqué hacía más profunda, distinguiéndose confusamente los arbustos como sombras impalpables.

No se veía nada, pero se oía.... Se oía el ruido de pasos precipitados que herían el suelo con violencia, y hasta se percibía como el ronquido ahogado de una respiración fatigada. De pronto pareció que las ramas gemían bruscamente sacudidas, y se oyó un golpe semejante al de un cuerpo que cae: el perro ladraba con verdadera furia.

—¡Nuestro hijo! ¡Nuestro hijo!—exclamó Isabel en voz muy baja.

—Espera,—dijo Jaime.

Y se lanzó á la puerta.

—No, no; yo contigo,—replicó la joven.

En la puerta se detuvieron los dos un momento, escuchando.

Jaime preguntó:

—¿Será Luis que aprovecha la obscuridad de la noche para coger pájaros?

—No puede ser (contestó Isabel), porque está estudiando en su cuarto; además, á Luis no le ladraría el perro.

—¿Será tu madre que corre con su nieto?

—Tampoco el perro ladraría á mi madre.

Jaime reconoció la fuerza de estas observaciones, y abrió la puerta para salir; pero al tiempo de abrirla, ambos retrocedieron con un mismo movimiento: Isabel asustada, Jaime sorprendido.

Y había razón para retroceder, para asustarse y para sorprenderse, porque apareció en el dintel de la puerta una especie de sombra que se precipitó en la sala, pronunciando con voz enronquecida estas palabras :

—¡ Favor ! ¡ Favor !... ¡ Quiere asesinarme !

La sombra, iluminada por la luz del quinqué, se disipó, mostrando á los ojos atónitos de Isabel y de Jaime la graciosa figura de una hermosa joven, cuyo traje rasgado y cuyos cabellos descompuestos daban testimonio de la agitación de su ánimo.

—¡ Señora ! (la dijo Jaime) : cualquiera que sea la causa de tan inesperada visita, puede V. contar con nuestro amparo.

—¡ Calla ! ¡ Calla ! (exclamó, componiendo su tocado y arreglando sus negros cabellos.) ¡ Qué veo !... Isabel, ¿ tú aquí ?

Isabel dió un paso hacia ella, mirándola con creciente asombro, y de pronto se colgó á su cuello, besándola y diciéndola :

—¡ Catalina ! ¡ Catalina ! ¿ Qué es esto ?

Jaime permaneció inmóvil delante de la puerta.

—Esto (contestó la joven, desprendiéndose de los brazos de su amiga) es una cosa bien sencilla. imagínate que, huyendo *Catalina de Rusia* del tirano de su marido, viene á refugiarse á la casa de *Santa Isabel, Reina de Hungría*.

—Pero estás temblando, y has dicho que querían asesinarte.

Catalina hizo oír un carcajada, que más tenía de convulsiva que de espontánea, y dijo :

—Tiemblo, porque he corrido ; y el caso no era para menos. Yo quería pasar ocho días en Biarritz, ir á Vichy, y dar una vuelta por París : tenía empeño en ello ; pero mi marido, por lo mismo, quiere que pasemos el verano en una quinta que tengo más allá de Carabanchel de Arriba. Después de muchos altercados, vinimos á una transacción. Me propuso que pasaríamos unos días en la quinta, yendo después donde yo quisiera. ¡ Tonta de mí, que convine en ello ! En el camino he sospechado de sus intenciones, y no me ha sido difícil descubrir sus designios. El coche se detuvo casualmente delante de tu casa ; aproveché la ocasión, y huí. ¿ Te parece que encerrar á una mujer en Carabanchel, cuando todo el mundo va á Biarritz, á Vichy y á París, no es asesinarla ?

—¡ Qué loca eres ! (exclamó Isabel con dulzura.) Pero... (añadió asustada), ¡ tienes sangre en la mano !

—Sí ; se me enredó el vestido no sé en qué, y caí de boca. No es nada.

—Siéntate, siéntate... (le dijo su amiga.) Estás trémula.

—No, no ; quiero que me lleves á tu tocador.

En el momento en que Isabel cogía la mano de Catalina para conducirla á su cuarto, un nuevo personaje entró precipitadamente en la sala, diciendo :

—Señora, el coche nos espera.

Ésta contestó resueltamente :

—Por mi parte, es inútil que espere. Pasaré aquí la noche, y mañana tomaré mis disposiciones. Después de lo que ha pasado entre nosotros, no podemos estar juntos ni un minuto. Nos separaremos, sin que haya fuerza humana que lo impida.

—¡ Es un capricho inconcebible !—replicó el nuevo personaje.

Catalina contestó :

—Un capricho irrevocable.

Y arrastrando á Isabel, que parecía estupefacta, desapareció por una puerta, que, abierta en un ángulo del aposento, conducía á las habitaciones interiores de la casa.



V.

AL desaparecer Catalina, seguida de Isabel, el nuevo personaje paseó la mirada por la habitación, y se encontró con Jaime, que, cruzados los brazos, lo miraba sin sorpresa, pero dejando ver en su fisonomía la más profunda lástima. Entonces se inclinó, diciendo :

—Juraría que me encuentro delante de un amigo de quien me despedí hace tres años largos, y en el que he pensado algunas veces con pena. ¿Me engañará la semejanza?

—No, Miguel (contestó Jaime); no te engaña la semejanza. Ese amigo, al despedirse de ti para siempre, te dijo : « La fortuna es loca, la opulencia hastía y los placeres se acaban ; si alguna vez necesitas el corazón de un amigo, encontrarás el mío ».

—¡ Ah ! (exclamó Miguel.) ¡ Quién demonios